

**P. GUMERSINDO TRECEÑO LLORENTE, S. I.**  
**(Mansilla Mayor, León, 02/01/1913 – Salamanca, 15/10/2017)**

El P. Treceño falleció en la paz del Señor y en su paz propia en Salamanca el 15 de octubre de 2017. Nació en Mansilla Mayor (León) el 2 de enero de 1913. Ingresó en la Compañía en Salamanca el 12 septiembre de 1929.

Me informan de la curia romana que desde la Confirmación pontificia de la Compañía de Jesús en 1540, el P. Treceño es el jesuita que ha vivido más años en ella. También es el jesuita que ha permanecido más tiempo en el Colegio de la Inmaculada de Gijón: 71.

Su muerte se integró en las costumbres de su vida como un acto de la distribución diaria. El día 14 el H. Ubaldo le acompañó a la capilla donde el P. José María Vaca le administró la unción de los enfermos. La recibió tranquilamente, respondiendo a las invocaciones; se quedó en la capilla para la misa de comunidad. Ese día hizo vida ordinaria, con la única diferencia que él, orgulloso andarín, aceptó una silla de ruedas; murió día siguiente, a las 9 de la mañana, cuando *le tocaba* levantarse.

Su currículum cubre, naturalmente mucho tiempo; pero en pocas líneas. Uno de los más breves y menos variados que ha tenido que escribir el P. Socio.

- 1925-29 Escuela apostólica de Carrión de los Condes
- 1929-32 SALAMANCA: Noviciado y Juniorado
- 1934-34 MARQUAIN (Bélgica): Juniorado
- 1934-36 MARNEFFE (Bélgica): Filosofía
- 1936-39 MONDARIZ (Pontevedra): Magisterio
- 1939-43 OÑA (Burgos): Teología
- 1943-44 SALAMANCA: Tercera Probación
- 1944-55 GIJÓN–Colegio: Inspector, Profesor.
- 1955-60 VIGO–Colegio: Inspector, Profesor
- 1960-2015 GIJÓN–Colegio: Inspector, Profesor.(1960-82) Ministro (1966-1981), Consiliario de AA.AA. (1981-2012), Ora por la Iglesia y la Compañía (2012-15)
- 2015-17 SALAMANCA, Ora por la Iglesia y por la Compañía.

Al P. Treceño le gustaba contar una y otra vez los pocos episodios que sobresalieron en su larga vida, tan igual. Pocos pero intensos y dramáticos, como el destierro de España en 1934, y la estancia en Bélgica; los recordaba sin rencor, con algo de saboreado orgullo, con la nostalgia de los años en los que fue joven.

Con orgullo igual hablaba de su pueblo, Mansilla *Mayor*. Puntualizaba:

–*Mayor*. Hay otra Mansilla, llamada *de las Mulas*. Está cerca, pero no es la mía.

De la suya destacaba (y repetía) tres hazañas: una: la de estar junto a un altozano, al que llamaban La Cuesta, donde subsistía la ciudad-fortaleza de Lancia, en estado arqueológico, ciudad *astur* (dato que callaba), destruida por los Romanos; dos: la de haber instalado allí los cistercienses su monasterio de Sandoval, también en ruinas, y tres: la hazaña de Mansilla de por sí, que en la época del P. Treceño, había producido seis jesuitas; él y su primo carnal el P. Segundo Llorente, misionero de Alaska, y cuatro más.

Al P. Segundo le admiraba, tenía en su cuarto todos sus escritos, cuyo deterioro atestiguaba sus muchas lecturas.

Gumersindo había ingresado en Carrión a los 12 años, Segundo le llevaba 7. Coincidieron: Segundo, ya jesuita, de *junior*. Gumersindo de *apostólico*.

En una larga conversación conmigo en noviembre de 2015 para prepararle una academia de homenaje por su primer 102 cumpleaños y su destino a Salamanca me contó *sus recuerdos*. Cinco años antes, había hecho lo mismo con el periodista J. Morán, que los publicó en tres entregas en *La Nueva España*. (21, 22, 23 de febrero de 2010) De ambas fuentes transcribo literalmente sus palabras como fueron dichas, en primera persona. Hay otras fuentes más cordiales: las muchas veces que nos repetía las mismas *batallas* en las tertulias de sobremesa en el comedor.

Admiraba a su primo Segundo, y es probable que el Señor se sirviera de éste para hacer a Gumersindo oír la llamada de la vocación.

–Cuando los juniros pasaban en filas y en silencio al borde de nuestro patio, yo me colocaba estratégicamente para verle y cruzar una mirada de complicidad y afecto.

–En septiembre del año 1929 entré en el noviciado de Salamanca. El 14 de abril de 1931, se proclamó la segunda república española.

Gumersindo estaba esos días cumpliendo la prueba de peregrinación. El P. Maestro le ordenó por telegrama que la interrumpiera, por el peligro que corría y que volviera al noviciado.

–En 1932 tuvimos que abandonar dos veces nuestra casa de Salamanca y hospedarnos en los barracones de una dehesa en la que convivíamos cautelosamente con una ganadería de toros bravos. Dormíamos en el suelo, sobre unas colchonetas que habíamos llevado en carros.

El 23 de febrero de 1932 la República disuelve la Compañía de Jesús en España, y obligan a los jesuitas a abandonar el territorio en un plazo de 7 días.

–Yo tenía 19 años. En la casa de formación de Salamanca éramos unos 300. Nos subimos al tren. Al pasar por los Pizarrales, nos apedrearon. El 1 de febrero de 1932 cruzamos la frontera por Endaya. Allí nos esperaba el P. Carvajal, Provincial de León. Nos sorprendió verle vestido de paisano.

Con el tiempo que pareció suficiente se había comprado en Marquain (Bélgica) un caserón; pero los expulsaron con tanta prisa, que no estaba aún acondicionado; se desviaron a Arlón, en la frontera con Luxemburgo. Durante diez días, los jesuitas belgas los albergaron en dos casas de ejercicios, suprimiendo las tandas que tenían programadas. De allí pasaron a un viejo castillo en Mourbeke, al sur de Bruselas, zona flamenca, muy católica.

–El párroco, a la cabeza de la feligresía nos salió a recibir procesionalmente, con monaguillos y cruz alzada, nos condujo a la iglesia, subió al púlpito y nos dio la bienvenida en latín. Entre nosotros y el pueblo atestábamos la iglesia. Terminó, y luego de unos minutos de silencio nos dijo:

–Por favor, recen ustedes un padrenuestro en castellano para que lo oigamos en la lengua de Santa Teresa.

–El castillo tenía habitaciones grandes, dormíamos de 4 a 6 en cada una de ellas, en el suelo. No teníamos vajilla; nos servían la comida en palanganas. Permanecimos allí

dos meses, hasta que pudimos ir a Marquain. Hicimos el viaje en camiones de fruta con su toldo totalmente cerrado. En Marquain terminé los estudios de latín griego y humanidades en general durante dos años. En 1934 pasé a Marneffe para estudiar filosofía, también en un castillo rodeado de un parque maravilloso.

Terminó la filosofía en 1936, justo al tiempo en que empezaba la guerra civil en España. Tras largos titubeos, el 11 de octubre, entró la comunidad de estudiantes en la zona *nacional*. Lo hicieron por Dancharinea (Navarra). En la *zona nacional* no había sitio para tantos estudiantes.

–La confusión era grande. El Provincial, P. Encinas, no sabía qué hacer con nosotros.

A Treceño le tocaba empezar la etapa de magisterio; le destinaron a cumplirlo en el colegio Apóstol Santiago, cuya comunidad con colegiales de toda España acababa de llegar de Curía (Portugal) donde habían pasado el destierro. La sede del colegio está en Vigo, pero entonces no pudieron ocuparla por haber sido convertida en hospital militar. Un hospital para heridos moros, con su mezquita. Se instalaron en varios hoteles de Mondariz.

–Fueron tres años muy felices. Di clases de Geografía e Historia a los tres primeros cursos de bachillerato. Cuidaba también de la disciplina. De un hotel a otro nos trasladábamos en bicicleta.

En septiembre de 1939 pasa a Oña (Burgos) para cursar los cuatro años de teología. Sorprende la impresión que le produce el edificio, que acaba de ser también hospital de guerra. (Todavía en 1959, huroneando por los desvanes encontré yo una preciosa bayoneta italiana que usé como plegadera, y como adorno)

–La casa era aterradora, pero el lugar, espléndido, entre montañas. Yo era catequista de un pueblo llamado Cereceda. Todos los domingos, después de comer cogía la bicicleta y recorría los siete u ocho kilómetros de distancia. Dejar la casa durante unas horas era



como una medicina, y, en efecto, lo llamábamos “Sales de Oña”.

Se ordenó de sacerdote y celebró la primera misa en la Basílica del Sagrado Corazón de Valladolid el 13 y 14 de mayo de 1942.

Para el cuarto año de teología volvió a Oña. De 1943 al 44 hace la tercera probación en Salamanca, al final de la cual le destinaron al colegio de la Inmaculada de Gijón, llamado también *De Simancas*, por haberse albergado allí el regimiento militar de ese nombre. Se rebeló con el General Franco; tras una defensa heroica, el edificio quedó destrozado.

–Me tocó el período de fundación de nuestro querido *Simancas*, ya que cuando llegué a Gijón en 1944 el edificio estaba en ruinas, tal como puede verse hoy en la maqueta que se conserva en la planta baja. No se podía vivir en él, sólo se daban las clases. Cuando llovía, o sea constantemente, algunas se encharcaban. Yo vivía con los alumnos internos de sexto y séptimo en el tercer piso de una casa colindante con nuestra iglesia del Sagrado Corazón, conocida en la ciudad con el nombre de la Iglesiona. Para comer íbamos a otro edificio de la calle Cabrales.

Para los deportes iban a un campo de Viesques. Entre una cosa y otra pasábamos mucho tiempo en la calle, expuestos a las mojaduras de aquellos inviernos que fueron excesivamente lluviosos, incluso para Gijón.

–Desde 1944 he vivido y trabajado en el colegio de Gijón, salvo seis años que pasé en Vigo porque el bueno y algo militar P. Enrique Von Riedt, prefecto de disciplina, y yo, inspector de alumnos no nos arreglábamos con la perfección suficiente. La estancia en Vigo fue gustosa; pero patinada con la añoranza de Gijón. Regresé en 1960. Siempre fui profesor de francés, y esporádicamente de religión. El francés Lo aprendí durante el destierro en Bélgica.

A Bélgica viajó muchos veranos con sus alumnos para que se soltaran en el idioma por el sistema de inmersión.

–La docencia ha sido lo mío a la vez que era inspector de los alumnos de los últimos cursos. Muchos años fui ministro de la comunidad. Ya estoy jubilado.

Desde 1981 hasta el 2012 fue consiliario de la Asociación de los Antiguos Alumnos. Publicó el primer catálogo completo de ellos, que renovaba año tras años.

Todos los días, lloviese a abrasase el sol, acudía al apartado de correos para retirar la correspondencia, que, antes de la imposición del E.Mail, era mucha y a veces pesada. 71 años así.

Acaba la misa de exequias que celebramos por él en la iglesia del Colegio, el 25 de octubre, diez días después de su fallecimiento, el Presidente de la asociación, Dr. Víctor Rodríguez, leyó unas palabras de recuerdo y agradecimiento, dirigiéndose a él en el cielo:

–«Faceta, quizá la más importante de tu vida fue la de Consiliario de nuestra Asociación de Antiguos Alumnos, tarea que llevaste a cabo de forma eficiente, callada, constante, en la que mostraste una capacidad de trabajo impresionante. Fueron casi 40 años que compartiste con varias juntas directivas y con miles de antiguos alumnos cuyas cartas nos enseñabas con orgullo. La recibías de los cinco continentes y recogías sus datos con minuciosidad. Era otra época. El registro se hacía a mano, alumno por alumno. En nuestro despacho conservamos con cariño tu archivo de miles de fichas, donde ibas anotando los cambios de domicilio, de trabajo, las noticias que te parecían interesantes. Finales de carreras, matrimonios, nacimientos, defunciones: Siempre pendiente de nosotros, hasta en los últimos momentos»

En la homilía de su funeral celebrado en Salamanca, el Padre Rector, Teodoro García Estalayo lo calificó de «Memoria viva del colegio», Y el periodista J. Morán: de «el Jesuita tranquilo que ha visto pasar las décadas sin alterarse»

Rasgo característico del P. Treceño era su afición a la montaña. Ya mayor e impedido para escaladas vertiginosas, se inscribió en un club de senderistas, al que le fue fiel hasta que le atropelló un coche. No en la montaña, sino en la ciudad. Todas las tardes daba un largo paseo de unas dos horas. Me invitó a acompañarle pero yo no podía sostenerle el paso. Con delicadeza me dijo, que prefería caminar solo porque yo no sabía andar. Cierto.

Era asiduo a las vacaciones y ejercicios de Celorio. Hasta los tres últimos años no paraba en casa. Se vestía de monte y escalaba todos los del alrededor. Los tres último años, renunció a estas aventuras y mañana y tarde subía a lo alto de la finca y se sentaba

largas horas con la mirada perdida en el mar. Allí las gaviotas pasan tan cerca que se le ven los ojillos redondos clavados en los intrusos.

Una tarde del 206 me telefoneo el H. Luis Merchán, Ministro:

–Avisan de la policía que han atropellado al P. Treceño y lo han llevado en ambulancia a la clínica de Begoña.

La clínica está cerca del colegio. Nos pareció que llegaríamos antes corriendo, sindemorarnos las maniobras de la salida del coche del garaje. Yo llevaba en el bolsillo los santos óleos y una estola pequeña. Preguntamos en la recepción y nos dijeron que ya lo habían revisado los médicos y que no tenía nada; nos lo podíamos llevar. Estaba en la sala de espera, sentado, con su bastón sobre las rodillas. Tenía en la frente dos lunares rojos de mercromina y lo mismo en uno de los nudillos de la mano. Al vernos miró el reloj y nos dijo:

–Vamos, que ya es la hora de cenar.

De camino a casa le pregunté si había ido al médico alguna vez.

–Sí, cuando me despeñé en los Picos de Europa y me rompí un brazo. Me lo escayolaron.

–No le pregunto eso, sino si ha acudido a ellos por enfermedad.

–No. Nunca; ¿Para qué?

El coche empujó al Padre contra la acera, y luego chocó contra una pared; fue declarado en desastre total.

En 2015, con 102 años fu destinado a la enfermería de Salamanca. Comenta el P. Teodoro:

–Pensábamos que su adaptación sería difícil; pero no. Al principio disfrutó de la longitud de los pasillos, adornados con plantas, y con ventanales sobre la ciudad y el campo salmantino. Ms tarde, cuando se le hizo difícil andar. Se sentaba en la Solana, en larga contemplación del parque verde, en primer término, la ciudad, y a lo lejos los juegos de amarillos del campo, igual que cuando en Celorio se apostaba como un centinela inmóvil frente al mar.

En el P. Treceño se cumplían las virtudes castellano leonesas, de seriedad, fidelidad, sentido sagrado del deber y la justicia y una paz profunda. Y estas virtudes las llevó a su vida religiosa comunitaria y personal: un hombre, un jesuita cumplidor, constante, fiel.

La noticia de su muerte despertó ancho eco en la ciudad de Gijón, se ocuparon de ella los periódicos durante varios días con noticias editoriales y artículos evocadores de antiguos alumnos. Abundaron las cartas de pésame. No faltó la de la alcaldesa:

«Me gustaría compartir con la comunidad jesuita el sentimiento de duelo por la pérdida de una persona tan querida y cercana de la cual tengo un inmejorable recuerdo como antigua alumna suya. Su vida entregada a la docencia contribuyó a labrar el carácter de muchos gijoneses entre los que me incluyo» (Carmen Moriyón).

En la larga academia con la que se le homenajeó con ocasión de su destino a Salamanca el 10 de noviembre de 2015, luego de las amenidades de rigor, se concluía con un capítulo noveno cuyo título y tenor, ya serio, rezaba así:

## *CAPÍTULO NONO.*

*Jesús es destinado a Salamanca en la persona de Gumersindo Treceño Llorente.*

*Siendo verdad de fe, como lo atestigua San Pablo que «uno no vive uno, sino que Cristo Vive en él», el Señor, que ha ejercido su vivir en el vivir de Gumersindo, ha cumplido en él, el día de hoy, 102 años 8 meses y un día.*

*Y habiendo oído Cristo, con los oídos de Treceño, la voz del Padre que le dice: «Gúmer, es decir Jesús: te quiero en Salamanca» –Pregunta:*

–Padre, ¿para qué?

–Para amarte allí, y para que tú me ames en el mismo sitio: Jesús, con el corazón de Gumersindo; Gumersindo, con el corazón de Jesús. Dos corazones, un amor: El Espíritu Santo.

Treceño dice:–«¡voy!»

Y Jesús dice: «¡Vamos!».

Y fueron.

Nuestra razón es razón  
porque está abierta al misterio.  
lo mismo que la *desborda*  
le sirve de fundamento.

Si se encierra en claridades  
propias de este mundo nuestro.  
Creado, en cuanto creado,  
y no ahijado en el Verbo,  
caminará largos días  
de esa claridad sin fuego.  
dando vueltas a la noria  
sin salir al campo abierto.  
Y cuando haya terminado  
su periplo por completo,  
descubre que ha regresado  
a las nieblas del comienzo.

La razón se nos ha dado  
para su desbordamiento.

*Ser desbordada* no es  
falta de conocimiento,  
sino entender sin tener  
representado el objeto  
sino habitarlo, y, en vez  
de mirarlo en un reflejo  
donde no está. Se le sabe  
viviéndolo desde dentro.

Traigo estas filosofías  
porque voy a hablar del tiempo:

Del de Cristo acontecido  
y del que está aconteciendo  
según va entrando en la historia  
que es nuestra y de él por entero.  
Plenitud ya realizada  
y sin embargo creciendo.  
como camino en su meta  
como flechas en su término.  
Ya clavadas y aun en vuelo.

Veremos la Trinidad  
con mirada que es encuentro.  
no figura que delante  
se pone de impedimento.  
viendo porque somos visto  
porque como es Dios lo veremos  
cara a cara; ojo a ojo:

¡Fuera espejos!

Donde está Cristo, Cabeza,  
estamos todos sus miembros  
Sus ojos que ven al padre  
son los mismos ojos nuestros  
Y el Padre que lo ve a él  
no puede menos de vernos.  
Su Espíritu con el que le ama  
ama a quien le componemos.  
pues consistimos en ser  
los órganos de su cuerpo.  
Y el amor de Cristo al Padre  
es fuego en que ambos ardemos.  
Es el Espíritu Santo  
alma, vida, corazón  
que está a vez en el cielo  
en Salamanca y Gijón.  
Amen

Creo que estos versos alcanzan sentido ahora que el P. Gumersindo Treceño Llorente ha entrado en la luz de la verdad, en la plenitud de su ser.

Antonio Pérez, S.J.  
Gijón 03.11.2017

## HOMILIA Gumersindo Treceño Llorente

Queridos compañeros jesuitas, queridos familiares de Gumersindo que os habéis acercado a Salamanca en este día; hermanos: Neftalí, Julio y César; sobrinos que le apreciabais, familiares todos, amigos, y conocidos que habéis querido estar en esta celebración de despedida...

La vida del P. Treceño es **ocasión para dar gracias a Dios** por tanto bien recibido. En esta mañana toca agradecer su larga vida entregada con sencillez y sin hacer ruido: 104 años de edad, 88 de Compañía, 75 de sacerdote... “son números que asustan, pero es una suerte vivirlos con la plenitud de salud y de fuerzas que él tuvo en casi todo su peregrinar” (Joaquín Barrero).

Nació en Mansilla Mayor (León). Miembro de una familia formada por 8 hijos. Con 12 años (1925) “Sindo” llega a la escuela apostólica de Carrión de los Condes. A los 16, llama a la puerta del noviciado en esta casa de Salamanca. No sé con seguridad si se hizo jesuita por influjo de su primo **Segundo Llorente**, siete años mayor que él y al cual siempre mostró gran afecto. Segundo fue misionero en Alaska durante cuarenta años, y sus andanzas quedaron reflejadas en varios libros. Libros que Treceño conservaba en su cuarto.

En enero de **1932 la Compañía de Jesús en España es disuelta** por la Segunda República. Un grupo numeroso de jesuitas jóvenes, residentes en Salamanca, subieron al tren con dirección Bélgica. Las poblaciones de Marquain y Marneffe les recibieron, y allí estudiará Treceño *Filosofía y Humanidades*. Fueron años que le marcaron profundamente. De los que conservaba vivos recuerdos que salían a relucir frecuentemente en sus conversaciones.

Regresó a España con sus compañeros jesuitas en octubre de 1936. Estando en Carrión de los Condes (Palencia) los superiores lo destinan a Cuba, pero al no encontrar transatlántico de confianza para el viaje fue destinado al colegio de Vigo, instalado entonces en el balneario de Mondariz (Pontevedra). Allí será profesor de geografía e historia, encargándose además de la disciplina. Entre 1939 y 1943 estudia Teología en Oña (Burgos), recibiendo la ordenación sacerdotal en 1942.

El P. Treceño llegó a **Gijón**, al **Colegio de la Inmaculada**, al concluir su Tercera Probación en Salamanca (1944). Este será su **destino**, su **dedicación** y su **vida**. En el catálogo de la Provincia Legionensis de 1945 figura el P. Treceño impartiendo docencia en el Colegio. La comunidad reside en la calle Cebrales, aunque las clases tienen lugar en algunas zonas del edificio que, aunque en ruinas, van rehabilitándose. La disciplina y clases de religión, en los cursos superiores aparecen señaladas como sus ocupaciones en este curso y en los que se suceden hasta 1955. A partir de 1948 el domicilio de la comunidad pasa a ser el del que fuera -durante la contienda- el cuartel de Simancas.

Un paréntesis de cinco años (1955-1960) sitúa al P. Treceño fuera de Gijón. Es destinado al Colegio Apóstol Santiago, de Vigo, donde imparte religión a los alumnos de quinto y sexto. También por esas fechas comienza a enseñar lengua francesa a los alumnos de estos cursos, y aparece ejerciendo tareas de bibliotecario.

Vuelve el P. Treceño al Colegio de la Inmaculada (Gijón) al inicio de los años sesenta, y ya no lo abandonará hasta el año 2015. Continúa encargándose de la disciplina e imparte religión y lengua francesa a los alumnos mayores. **Con el paso del tiempo la única asignatura que impartirá será francés**, y siempre a los alumnos de los últimos cursos (1964-1991); razón por la que lo recuerdan muchos de ellos. Algunos de estos recuerdos le describen como **persona seria en las aulas, y de trato afable y cordial fuera de ellas**. Hasta 1991 figura como profesor de francés. También fue el P. Treceño, algunos años, responsable de deportes del Centro.

Durante **66 años** estuvo el P. Treceño **vinculado al Colegio de la Inmaculada de Gijón**. Y la tarea a la que ofreció gran parte de su quehacer fue la dedicación como **Consiliario de la Asociación de Antiguos Alumnos**. Tarea que desempeña desde septiembre de 1963 hasta diciembre de 2011. Medio siglo dedicado a esta ocupación, que hace que sea querido y recordado por todos ellos: “Lo recordaré siempre como un **jesuita servicial y cercano**. Trabajó lo indecible en la Asociación. Tenía una memoria prodigiosa”, comentaba un antiguo alumno (Guillermo Rionda) al enterarse de su fallecimiento.

En la década de los setenta ejerció como **ministro** de la casa. A partir de 1991 su dedicación registrada sigue siendo: Consiliario de Antiguos Alumnos. Otra actividad desempeñada por el P. Treceño, aunque no aparece en los catálogos, fue estar pendiente del apartado de correos, así como bajar y subir el correo a comunidad.

El P. Treceño ha sido la **memoria del Colegio de la Inmaculada** desde su reanudación tras la Guerra Civil hasta la primera década del presente siglo. Gumersindo registró durante décadas las vicisitudes y los ficheros de los Antiguos Alumnos: cambios de direcciones, matrimonios, nacimientos y defunciones. Durante años, cada día, remiraba los periódicos con la intención de anotar cualquier evento relacionado con el Colegio, el catálogo y los AA AA.

Al P. Gumersindo alguien lo definió como “**«el jesuita tranquilo» que ha visto pasar las décadas sin alterarse**” (J. Morán). “Estoy en mi segundo siglo”, decía con orgullo y satisfacción. Cuando llegó a Salamanca, hace dos años, algunos pensábamos que su **adaptación** sería difícil. Sin embargo, todo resultó sencillo y sin problemas. “Qué pasillos tan largos”, decía en algún momento. Pero, a Treceño siempre le había gustado andar; por el Muro de Gijón o por la montaña cuando se terciaba.

El Señor quiso llamarle a su lado en el día de ayer, y bien pudo decirle: “**Ven ya, Sindo, y descansa. Tienes bien merecido tu descanso**”.

Teodoro García Estalayo  
Salamanca, 16.10.2017